



LA POESÍA DE CARLOS PEREZ ANDUEZA

MARIO FERRERO

El nacimiento de los libros, más de los ajenos que de los propios, me produce siempre una íntima satisfacción, una profunda alegría. Es como el crecimiento de una rafe que se convierte en árbol, o el titilar de una estrella solitaria en el misterio cósmico de la noche. Y ocurre esto porque un nuevo libro ofrece la posibilidad de las ciernas preguntas, el replanteamiento de diversas tesis que no se perciben en la obra propia, el sentido del cambio, la infinita variedad del tratamiento literario. Por eso, mi primera palabra es de saludo, de saludo fraternal a Carlos Pérez, no sólo por su condición inequívoca de poeta, sino también por su extraordinaria calidad humana, por el afecto que ha sabido conciliar en torno a su persona y que se refleja en la audacia sorpresiva a esta gentil convocatoria.

El contenido de la obra se anuncia en la composición de la hermosa portada: una explosión volcánica. No así en el título, "Interioridad poética", demasiado obvio, ya que la función de la poesía es, en esencia, un viaje a los subterráneos interiores, una severa indagación acerca del sentimiento individual, para avanzar, desde allí, al conocimiento emocional del mundo exterior, a las relaciones de sociedad y a la conducta convulsiva de la historia.

La primera característica de este nuevo poeta es la autoafirmación de la personalidad: "yo soy yo y eso es fantástico". De inmediato recuerda a Whitman en el "Canto de mí mismo", pero a un Whitman perfectamente diferenciado, distinto, personal, que incluso se busca más allá de la muerte: "Me busqué y no estoy/ me fui/ ya me fui y ni yo supe cuándo fue".

La autoafirmación revela en él una enorme vitalidad como símbolo individual, la alegría de vivir y a la vez la extrañeza de vivir. La capacidad de asombro es en él consustancial a su expresionalidad, no podría existir la una sin la otra; ambas constituyen una unidad de fuerza simultánea a los contenidos y las formas. De allí el sentido de la exaltación, el desafío como actitud vitalizadora y

comunicable, el oculto desafío de estar descubriendo mundos nuevos.

Hay otra característica notable: la introspección psicológica como autointerrogación, verídica, seguramente, de su experiencia profesional. Carlos Pérez comienza a cantar con una invitación en contra de la rutina: "Vivid la poesía, acrejad vuestros oídos a la vida/ y gozad el tintero y su onda". Pero de pronto pierde seguridad en el destino final de la vida y entonces comienzan las dudas, las interrogaciones angustiadas, el desencuentro con la realidad, el choque con el medio que no siempre le resulta favorable: "Tengo sangre para morir dos veces/ morir por andar desarraigado". Llegó, incluso, a desencantos extremos, estados de cansancio, de exasperación espiritual, situaciones agonizantes de la personalidad: "Es que me crujen las exhalaciones/ los énfasis sarcásticos/ las salubridades domésticas/ la bruma macilenta de la boca/ me cruje el alma/ embobada en esta jerga oscura/ que me empuja el corazón/ de tarde en tarde".

La introspección psicológica es en él un factor importante del conocimiento, ya que esa virtud le permite ir creciendo de lo individual a lo colectivo. Y con ello lo humaniza, lo integra a una escala mayor de la conciencia sin que por ello pierda la íntima subjetividad de su experiencia poética. El crecimiento, la transformación se produce "por amor a la sangre y a las lágrimas/ por amor a las sombras y las luces". En este nuevo trance, recupera la fuerza, eleva el tono del discurso lírico. Y dice entonces: "Soy el pueblo/ que cultiva las fogatas... eco del prisma del delirio", con lo cual se manifiesta, a su manera, inmenso en la problemática social.

La obra a que aludimos, sugiere algunas ideas en torno a las estructuras y los ritmos. El conflicto es interesante y fue planteado el domingo último, por Ignacio Valente, en el comentario a un nuevo libro de José Ángel Cuevas. El crítico lo acusa de carencia de una mayor estructura formal, de un esfuerzo de arte más exigente, hasta de ausencia de técnica, de organización verbal adecuada: a él, que precisamente es el intérprete del caos, del desorden anárquico, de la desesperanza existencial. Le exige pureza y diafanidad a un poeta que ha experimentado en carne propia el dolor de la cesantía, de la exoneración profesional, de la mar-

ginalidad ciudadana. Es, por decir lo menos, una maldad confesional.

En el caso de Carlos Pérez, también impera el ímpetu de la libertad, del hombre libérrimo que maneja ideas propias, pero con un signo distinto y acaso intimista, ajeno a la concepción previa de las estructuras y los ritmos, los que le nacen como quien respira, pero con una respiración anhelante, entrecortada, de quien no alcanza a absorber todo el aire del entorno. Con todo, se percibe en él el ritmo de la época, una especie de nueva armonía de lo desarmonico, una tonalidad urgente y sorpresiva de quien lleva en la mente un mundo de palabras en desorden.

Es el signo de su tiempo histórico: el optimismo, la ansiedad, la e-

xasperación, el desencanto; en suma, la contradicción. Hay una tendencia muda a la semiótica, al lenguaje de los colores y las luces, incluso a la numerología de las matemáticas. Creemos que es el producto intuitivo de la nueva tecnología, de la lucha económica, del amor libre, de la computación, del genocidio en masa, del desafío de vivir, del baco de plutonio, del amanecer en las playas desoladas que otrora fueron virginales y que ahora son el basural del consumismo.

El resultado final es un buen volumen de poesía, un libro de espacio abierto, sugestivo, escribible, que invita al riesgo de vivir y a la recuperación de la esperanza.



AUTORÍA

Ferrero, Mario, 1920-1994

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La poesía de Carlos Pérez Andueza [artículo] Mario Ferrero.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile